

Lecciones de la crisis de octubre

Pierre Schöri

EL CAPITÁN DE LA MARINA MERCANTE NILS CARLSON, de Gotemburgo, se inscribió sin saberlo en la historia universal el 26 de octubre de 1962. Su barco, el buque frigorífico *Coolangatta*, había zarpado dos semanas antes sin ningún dramatismo del puerto de Leningrado, cargado de arenques y de papas. Había sido un día de trabajo completamente normal cuando zarparon. Aunque la guerra fría se reflejaba en las noticias —los diarios soviéticos escribían sobre la política agresiva de los Estados Unidos en Alemania y los periódicos americanos despotricaban sobre la infiltración comunista en Cuba— nada parecía indicar que ésta quizás sería la semana más peligrosa para la humanidad durante todo el siglo XX.

El destino del *Coolangatta* en octubre de 1962 era La Habana y su travesía comenzó al mismo tiempo que barcos soviéticos se dirigían a Cuba para entregar misiles con armas nucleares al régimen revolucionario de Fidel Castro.

Quedaban menos de cuarenta y ocho horas para llegar a La Habana cuando un destructor norteamericano se aproximó rápidamente al buque sueco. Dos días antes, los Estados Unidos habían declarado de forma unilateral un bloqueo naval a Cuba. A pesar de que el capitán Carlson lo sabía, se negó a obedecer la orden de parar y prosiguió infatigablemente su travesía hacia La Habana.

Lo que Carlson no podía saber era que su maniobra causó una gran agitación entre los americanos, y que el asunto del destino del *Coolangatta*, después de muchas vueltas, fue a parar al más alto nivel militar y político de los Estados Unidos. El Ministro de Defensa Mc Namara fue despertado al amanecer, llamó a La Casa Blanca y el consejero de seguridad se puso inmediatamente en contacto con el madrugador Presidente Kennedy, quien por fin dio la orden al capitán del destructor americano: «¡Deje pasar al *Coolangatta*!»

El buque frigorífico del capitán Carlson, con su carga de arenques y de papas, fue el único barco que pudo pasar por el ojo de la aguja del bloqueo naval norteamericano sin inspección y que, además, activó toda la cadena de eslabones del mando militar hasta el Presidente mismo, según escribe Björn Ahlander en *Krig och fred i atomaldern* (*Guerra y paz en la era atómica*, Gebers, Estocolmo, 1965).

El ex capitán Nils Carlson vive ahora en Stenungsund. A mi pregunta de cómo vivió el curso de aquel histórico día hace 36 años, me dijo que se quedó sorprendido pero también desconcertado cuando el destructor intentó apresarlos. «Pero decidí continuar y llegué como se había calculado. Después nos quedamos una semana en La Habana, donde fui citado por el embajador sueco, que se preguntaba qué hacía yo en Cuba. Luego seguimos viaje a Terranova con el periodista Björn Ahlander a bordo, a quien el bloqueo había dejado atrapado en Cuba».

El archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Suecia sigue con el relato. Al volver a Washington, Ahlander fue interrogado sobre su aventura en Cuba por el embajador Gunnar Jarring. El mismo día, el 27 de noviembre, Jarring escribió al Ministerio de Relaciones Exteriores, donde el destinatario del informe sobre el *Coolangatta*, declarado secreto, era el director general Sverker Aström.

Nosotros, que recordamos la crisis de los misiles de 1962, no tuvimos la misma presencia de ánimo de Nils Carlson en aquellos febriles días de octubre. Junto con las noticias del accidente mortal de Dag Hammarskjöld en el Congo el año anterior, las imágenes de la televisión de los barcos soviéticos continuando su viaje hacia Cuba en desafío a los más serios avisos de la otra superpotencia, constituyen los recuerdos más fuertes del principio de la década de los sesenta. Todo un mundo contuvo la respiración durante el duelo de Krushov y Kennedy, en el que había una amenaza nuclear tan manifiesta.

Dos libros recientemente publicados nos dan ahora más información y más detalles que nunca sobre la crisis de los misiles. Son los de Aleksander Fursenko y Timothy Naftali *One Hell of a Gamble* (*The Secret History of the Cuban Missile Crisis*), Harvard University Press, 1997, que presentan datos hasta ahora declarados secretos con material de las fuentes más reservadas tanto de Washington como de Moscú, desde el grupo de la crisis cubana del Presidente Kennedy en la Casa Blanca a los distintos archivos del régimen comunista. Entre lo más notable del voluminoso y franco material se encuentra el hecho de que ninguno de los miembros del grupo de crisis, posiblemente con la excepción de Robert Kennedy, sabía que el Presidente grababa cintas de todas las conversaciones.

Claramente aparece la imagen de un mundo que realmente estuvo al borde de una Tercera Guerra Mundial, pero donde ninguna de las superpotencias sabía lo cerca que estaba. Tendrían que pasar tres décadas antes de que la gente se diera cuenta.

En una conferencia realizada en La Habana en 1992, en la que participaron varios de los actores principales de la crisis de los misiles, inclusive Fidel

Castro, el general ruso Anatoly Gribkov dijo que la Unión Soviética no sólo tenía sus misiles de alcance medio dispuestos en octubre de 1962. También había nueve misiles tácticos con armas nucleares destinados a ser accionados contra una posible fuerza de invasión norteamericana. Cada misil tenía un alcance de más de 2000 kilómetros y una fuerza explosiva correspondiente a 70 bombas de Hiroshima. Además, como lo subrayó el general Gribkov, los comandantes soviéticos al mando de los misiles en cada lugar tenían autorización para lanzar estas armas nucleares tácticas sin tener que pedir instrucciones al Kremlin.

Aparece como indudable, tanto en los documentos que ya no son secretos y más tarde en los testimonios de los responsables más cercanos por parte cubana y soviética, que fue Nikita Krushov quien tomó la iniciativa del juego de póker nuclear .

Un motivo de esto podría haber sido la colocación americana de misiles Júpiter en Turquía, cerca de la frontera de la Unión Soviética. El mismo Presidente Eisenhower se había expresado acerca de la colocación como «un acto provocativo que podría compararse con que Moscú instalara misiles en México o en Cuba». Pero los documentos dan a entender que la mayor fuerza impulsora de la decisión del líder soviético fue dar a Castro la posibilidad de contener una invasión americana. La KGB había recibido informaciones fidedignas, según Furusenko y Naftali, sobre un nuevo intento de derrocar a Castro que se encontraba bajo consideración activa en Washington, tras la catástrofe de Bahía de Cochinos en 1961. El plan de la CIA, que fue aprobado en marzo de 1962, tenía el nombre de *Operation Moongoose* e incluía sabotaje, infiltración, guerra psicológica, maniobras militares y la preparación de una posible invasión.

Kennedy le había dicho en febrero al yerno de Krushov, Aleksey Adzubej, que la invasión de Bahía de Cochinos había sido una equivocación. «Pero —había añadido el Presidente—, no podíamos seguir indiferentes ante el desarrollo de Cuba, tanto como ustedes en lo referente a Finlandia».

El hecho de que Krushov tomó las decisiones de forma autocrática en el Kremlin se desprende claramente de *One Hell of a Gamble*. Krushov no buscó consejos sobre la colocación de los misiles en Cuba e impuso él mismo las decisiones, lo que también llegó a contribuir más adelante a su caída. El primer paso fatídico lo habría considerado Krushov la noche del 22 de octubre, unas horas antes de que Kennedy pronunciara su discurso a la nación sobre el descubrimiento de armas nucleares en Cuba.

Fue el 15 de octubre de 1962 cuando la CIA reveló las fotos del U2 sobre lo que resultó ser la construcción de rampas para armas nucleares soviéticas en Cuba. Al día siguiente el Presidente convocó a sus consejeros más cercanos en la Casa Blanca para discutir contramedidas. Lo que siguió después por parte americana se presenta en detalle en *The Kennedy Tapes*. El Ministro de Defensa Mc Namara expuso tres opciones distintas. La primera fue tratar de solucionar la crisis por vía diplomática, lo que rápidamente se consideró infructuoso. La segunda fue una acción militar contra Cuba que comenzaría con un ataque

aéreo contra las rampas y seguir con una fuerza de invasión con el objetivo de derrocar al régimen de Castro. La tercera fue anunciar un bloqueo naval contra todos los buques sea cual fuese su nacionalidad, combinado con conversaciones serias y exigencias de una retirada rusa de las armas nucleares.

Por suerte, se puede decir, el Presidente Kennedy resolvió el asunto después de casi dos semanas de deliberaciones con el grupo de crisis. Faltaban tres semanas para las elecciones americanas al Congreso. El Presidente había decidido ser duro, y la exigencia de desmontar las armas nucleares que estaban dirigidas contra objetivos americanos fue absoluta e incondicional. Si Krushov no hubiera cedido como lo hizo el 25 de octubre, es probable que Kennedy se hubiera visto obligado a ordenar un ataque contra los misiles rusos. Pero él quería evitar a cualquier precio una confrontación militar directa. El Presidente resultó ser el más inteligente y constructivo de los reunidos en la Sala Oval.

Las lecciones de la crisis de Cuba de hace más de 35 años son muchas, y algunas tienen validez aún en el día de hoy.

La principal lección tiene que ver, por supuesto, con las armas nucleares. El propio Kennedy no ponderó la posibilidad de usar armas nucleares, pero es probable que no hubiese tenido otra elección si los comandantes soviéticos acantonados en Cuba hubieran hecho uso de sus misiles contra una invasión de los infantes de marina norteamericanos. Robert Mc Namara es el que con más claridad ha asumido las consecuencias del juego de póker nuclear sobre Cuba y sobre la doctrina misma en la que se basan las armas nucleares de disuasión. Sus puntos de vista se basan en las experiencias de por lo menos cinco ocasiones en las que los estados mayores generales ponderaron la utilización de armas nucleares.

La crisis de los misiles de 1962 mostró que siempre que se tenga la disponibilidad de armas nucleares existe el riesgo de que sean usadas. De forma retroactiva Mc Namara le da también la razón a Olof Palme y maneja, en su libro de 1995 *In Retrospect: The Tragedy and Lessons of Vietnam*, los mismos argumentos que utilizaran Palme y su comisión de desarme en 1982.

Las otras lecciones tratan del duelo de las superpotencias en el tercer mundo durante las décadas de los 60 y los 70. Tres crisis regionales candentes, Laos, el Congo y Cuba se encontraban en el primer plano y llegaron a ocupar mucho del tiempo y la energía de la administración Kennedy.

Se decía que la Unión Soviética apoyaba a los movimientos de liberación nacionales, y la Administración de Eisenhower contestó con programas de apoyo económico a regímenes anticomunistas y, de ser necesario, con planes de la CIA para socavar lo que se consideraba que eran marionetas de los soviéticos.

La primera crisis fue la del Congo Belga, en la que los Estados Unidos apoyaron a una de las partes de la guerra civil y la Unión Soviética a la otra. Lo que en realidad era una lucha genuina por la liberación nacional se incorporó al conflicto este-oeste tanto por Moscú como por Washington. Tras el asesinato del anticolonialista Patricio Lumumba se creyó en Washington que el orden quedaba restablecido, y el apoyo de los Estados Unidos a los regímenes

dictatoriales en el poder en el Congo / Zaire continuó casi hasta el momento mismo de la vergonzosa dimisión de Mobutu.

También la Cuba de Fidel Castro estaba involucrada en el asunto. Che Guevara consideró que la colonia belga era el eslabón más débil del imperialismo en África y se unió a las fuerzas rebeldes con una centena de guerrilleros cubanos. Los quince meses de los cubanos en África los años 1965-66 fueron, sin embargo, un largo fracaso. «Vinimos para cubanizar a los congolese, pero fueron ellos quienes nos congolizaron a nosotros», escribió el Che amargamente en su diario. ¡Es posible que el fracaso cubano se debiera, en parte, a que su colaborador fuese un hombre imprevisible llamado Laurent-Désiré Kabila!

La segunda crisis se la advirtió el Presidente Eisenhower a Kennedy, que recién entraba en funciones. Ya en 1954 Eisenhower había acuñado su famosa tesis de que si Indochina llegaba a caer, «caería el resto del Sureste Asiático como una fila de fichas de dominó». Durante una reunión con Kennedy y su grupo en la Casa Blanca el 19 de enero de 1961, Eisenhower volvió a la misma idea: si Laos llegara a caer en las manos comunistas del Pathet Lao, la presión en Tailandia, Camboya y Vietnam del Sur sería enorme.

Según las anotaciones de Mc Namara en aquella reunión, Eisenhower dijo: «Si Laos se pierde para el Mundo Libre, a largo plazo perderemos todo el Sureste Asiático». El punto de vista de Eisenhower llegó a influir fuertemente en la actitud de los Estados Unidos en el Sureste Asiático. Un resultado de esto fue que los aviones americanos llegaron a lanzar más bombas sobre ese pequeño país que es Vietnam, que la totalidad de las bombas lanzadas durante toda la Segunda Guerra Mundial.

La tercera crisis fue Cuba y el régimen revolucionario de Castro, una crisis que junto con la Unión Soviética, medida tanto en tiempo como en sentimientos, llegó a ocupar a la Administración Kennedy más que cualquier otro campo de la política exterior. Durante todo su período presidencial, escriben Fursenko y Naftali, Kennedy invirtió un capital político siempre creciente con el objetivo de derrocar a Fidel Castro. Kennedy organizó comandos especiales, financió proyectos secretos, probablemente, a veces, en contubernio con organizaciones criminales, todo para alcanzar su objetivo. A pesar de que el Presidente había fracasado rotundamente dos veces, en Bahía de Cochinos y en el verano de 1962, todavía estaba tratando de probar medios de derrocar a Castro cuando fue asesinado por un fanático que odiaba su política hacia Cuba.

O sea, que en cada uno de esos tres casos la superpotencia Estados Unidos fracasó en llevar a cabo lo que deseaba.

En el Congo, el enemigo indirecto de los Estados Unidos, Laurent Kabila, no sólo ha sobrevivido décadas de guerra de guerrillas sino que hoy es el Presidente del país.

La victoria del Pathet Lao fue total y su líder se encuentra todavía en el poder en el país, 37 años después de la sombría profecía de Eisenhower.

Y en Cuba se encuentra Fidel Castro todavía firme en el poder, a pesar de que todos los Presidentes americanos, con la excepción de Jimmy Carter, y posiblemente Gerald Ford, han hecho lo imposible por deshacerse de él.

Si uno les pregunta a representantes prominentes del poder y sus cercanías en Washington, por las conclusiones que Estados Unidos saca de estas tres historias, la respuesta que uno suele obtener, a lo sumo, es un incómodo: «no comment».

Pero hay más lecciones que sacar de esas tres crisis:

En primer término, se puede hacer constar que el nacionalismo era una fuerza impulsora mucho más fuerte que el comunismo, el antiimperialismo o lo que uno quiera llamarle. No eran ideologías importadas; se luchaba por el derecho de andar por un camino propio y autóctono.

En segundo lugar, es evidente, por consiguiente, que ni siquiera una superpotencia nuclear puede, siempre, imponer sus soluciones a los demás. En tercero, también se demuestra que incluso a una superpotencia le resulta difícil actuar en contra de una opinión muy diferente a la de la comunidad internacional.

Y para finalizar, es evidente que la política de aislamiento y de embargo comercial que aún sigue siendo la política de los Estados Unidos hacia Cuba, no lleva a la apertura política y económica a la que se aspira. Al embargo se le ha llamado el mejor amigo de Fidel Castro, y le ha dado argumentos al régimen para no liberalizarse «bajo presión enemiga». La experiencia muestra que los canales abiertos, el diálogo y la colaboración regional fomentan la liberalización tanto económica como política. Mediante su membresía en ASEAN, algo que deseaban ardientemente desde hace tiempo, los regímenes comunistas de Laos y Vietnam han podido llevar a cabo reformas de economía de mercado y una incipiente democratización.

La esperanza, ante todo en América Latina, es que el Congreso americano aprenda de su política anterior, que no ha dado resultados, y adopte el mensaje constructivo del Papa: «Cuba debe abrirse al mundo y el mundo debe abrirse a Cuba». Pero mientras tanto el Papa, con su política razonable y de largo plazo, ha conseguido más *glasnost* y más apertura en el sistema cubano que todos los Presidentes de los Estados Unidos juntos.